RESEÑAS

Leonel Narváez Gómez y Alessandro Armato, *La Revolución del Perdón*, 2010, Bogotá, Ediciones San Pablo, tr. Luis Alberto González, 178 pp.

RECEPCIÓN: 22 de septiembre de 2011.

ACEPTACIÓN: 11 de octubre de 2011.

A los 22 años, Teresa sufrió el enorme dolor de perder a su único hijo de 3 años. Una noche, en una oscura calle de su pueblo, un desconocido que la pretendía y que ella de tajo rechazaba, le propino dos tiros de pistola a su hijo y lo mató. Antonio, el asesino, fue capturado y posteriormente, fue condenado a 18 años de cárcel. Después de un año de llorar desconsoladamente, Teresa quiso ir de incógnito a la cárcel con algunas amigas a conocer a quien había matado a su hijo. Le atormentaba el deseo de saber quién era esa bestia que le había causado tan profunda pena. Aquel mismo día, descubrió que Antonio había sido un niño violentado inicialmente por su mismo padre, dejado luego por su madre con los abuelos ancianos y finalmente abandonado a su suerte en las calles. La historia es que Teresa, conmovida por la historia trágica de Antonio, lo siguió visitando regularmente en la cárcel. Hoy en día, están casados y tienen tres hijos.

Los seres humanos tienen la capacidad heroica de perdonar lo imperdonable. El perdón y la reconciliación son posibles. Esta es una de las historias felices de las *ESPERE* (Escuelas de Perdón y Reconciliación) pero hay otras muchas, igual de conmovedoras, en este pequeño libro sobre la *Revolución del Perdón*. Colombia ha sido un país empantanado por decenios en la violencia y la criminalidad. Leonel Narváez ha participado en primera persona en las negociaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla de las FARC. Durante este proceso se ha dado cuenta de que además de una serie de problemas “objetivos” de carácter económico, político y militar, estaban las rabias acumuladas, el sentido de exclusión y los deseos de venganza como causas “subjetivas” del fracaso en el manejo de los conflictos. El castigo no es una manera sana

RESEÑAS

de aplicar justicia, sino un modo ciego de oficializar la venganza. Es justo que quien comete un delito pague una pena; a esto se le llama justicia punitiva, pero el objetivo último de la justicia no es el castigo, sino la recuperación del culpable y no, como sucede con frecuencia, su ruina definitiva. El secreto de una paz sólida y duradera está en la recuperación y regeneración, tanto de quien ha sufrido, como de quien ha cometido actos violentos. Es una ética que parte de las víctimas. Esta intuición hizo que se dedicara en cuerpo y alma a investigar, sobre todo, las causas subjetivas del conflicto con la idea de encontrar una metodología que las neutralizara.

El perdón es privilegio de las víctimas y el primer paso hacia él es comprender que el resentimiento provoca caos y oscuridad. Perdonar no significa olvidar, sino recordar con otros ojos. En el cristianismo, dice este misionero colombiano, el sacramento de la Eucaristía constituye un poderoso ejercicio de “administración del recuerdo”. “Hagan esto en memoria mía”, dice Jesús. “Es la memoria triste de un asesinato transformada en memoria que redime.” En las ESPERE, recordar es mucho más importante que olvidar. El segundo paso es *decidir* perdonar. El tercer paso es desarrollar la capacidad de mirar con otros ojos. En el caso de Teresa, llegó en este punto, cuando ella sintió la necesidad de acercarse a Antonio. Mirarlo, ya habiéndolo perdonado, le permitió ver otra parte de la realidad que su rabia o su dolor no le dejaban ver. El cuarto paso es desarrollar gradualmente sentimientos y actitudes de compasión, de bondad y de misericordia. Una vez que se ha perdonado, se puede caminar hacia la reconciliación.

Puede haber perdón sin reconciliación, pero no existe reconciliación sin perdón. La reconciliación es un ejercicio social de acercamiento al agresor con cuatro elementos fundamentales: verdad, justicia, reparación y el pacto de nunca repetir la ofensa.

Nueve capítulos, una Introducción y un directorio de la Fundación para la Reconciliación; este libro de divulgación sintetiza magistralmente la trayectoria tanto de Leonel Narváez como del valor y la utilidad de las ESPERE.

Leonel Narváez nació en Génova, pequeño pueblo del departamento del Quindío, en Colombia. Este origen no es un dato ocioso, puesto que en ese mismo pueblo, además, se procrearon dos de los grandes malhechores de Colombia: Manuel Marulanda Vélez, alias *Tirofijo*, jefe supremo de las FARC, y Luis Alfredo Garavito, alias *la bestia*, violador de más de 160 menores.

La infancia de Leonel transcurrió en medio de la horrible violencia de los años cincuenta. Unas 300 mil personas murieron en esa oleada de crueldad

producida por una serie de rabias y rencores acumulados. Leonel decidió hacerse sociólogo y sacerdote misionero, y su primer destino fue Kenia, en África. Después de diez años de trabajar en el desierto de África, sus superiores le dieron la oportunidad de continuar sus estudios en Cambridge donde cursó un master en Sociología rural latinoamericana. A su regreso a Colombia, fue enviado al Caguán, donde los misioneros de la Consolata (orden religiosa a la que él pertenece) tienen una larga tradición de presencia y servicio. En el Caguán estuvo once años enfrentándose a tres problemas: la exclusión social, la guerrilla y la coca. En esta etapa conoció la “narc mentalidad” y llegó a la conclusión de que esta forma de pensar se basa en tres reglas fundamentales: ganar mucho, rápidamente y de cualquier manera, aún recurriendo a la violencia. En los años del Caguán, puso en marcha el *CIFISAM* (Centro de investigación y formación para el servicio amazónico) y la granja familiar amazónica (*GRAFAM*), cuyos objetivos eran, entre otros, la sustitución de los cultivos de coca por otros productos y la protección al medio ambiente. Fracasadas las negociaciones de paz en el Caguán, recibió amenazas de muerte que lo hicieron aprovechar la oportunidad de ir a la Universidad de Harvard, con el fin de concretar una teoría y un método del perdón y la reconciliación. La experiencia en Harvard le dio la posibilidad de conocer los últimos avances en materia de resolución de conflictos. Inspirado en Hannah Arendt, reafirmó el perdón no sólo como una facultad esencial del ser humano, sino como capacidad política fundamental, junto con la de formular y mantener promesas a los demás. El perdón puede ser uno de los derechos fundamentales del hombre y tal vez uno de los mejores caminos para resolver conflictos políticos. El que ha perdonado puede, y debe, posicionarse políticamente frente a su comunidad. Durante 18 meses se reunía todos los jueves para discutir el tema del perdón y la reconciliación con antropólogos, psicólogos, sociólogos y teólogos como Harvey Cox y Brian Hehir.

La conclusión de esos seminarios fue concebir la política como la función de generar mundos y sociedades nuevos para los que el perdón y la reconciliación serían probablemente instrumentos inéditos. Si perdonar no es olvidar, tampoco significa condonar la injusticia. El perdón es un ejercicio personal de limpieza interior y de catarsis, que sirve para volver a encontrar el bienestar, pero también para evitar los excesos y la escalada de violencia a través de la espiral de la venganza. Los gobiernos pueden decidir conceder amnistías e indultos, pero el perdón es y será siempre privilegio de las víctimas. Las personas que sufren una gran ofensa son golpeadas en su

RESEÑAS

autoestima, en el significado de la propia vida y en su capacidad de socializar. De aquí que el perdón sea un camino que permita la reconstrucción y la recuperación del capital social. Mediante el perdón, sostiene Narváez, el *homo sapiens* se convierte en *homo reparans*. (p. 78)

En el primer paso hacia el perdón, ejercitar la palabra creadora ayuda de manera poderosa a iluminar los acontecimientos, ordenarlos, dominarlos y controlarlos. Cada curso de las ESPERE (diez sesiones) involucra a veinte personas y busca crear un ambiente seguro para contar la propia historia y, al ser capaz de resignificarla, transformar la “memoria ingrata” en “memoria grata”. La gran violencia es la suma de las pequeñas violencias de nuestras casas, escuelas, fábricas y calles. Narváez hace hincapié en el desarme del lenguaje y la necesidad de la palabra dulce, asertiva, que no cultiva el odio ni el resentimiento, que construye y asciende a la persona. Una mala educación también genera violencia o impide que se supere la memoria de una experiencia dolorosa. En el ejercicio del perdón, las personas con rabia cambian su narrativa y hasta su lenguaje corporal. Una vez que se ha resignificado el hecho o la ofensa, el ofendido ya está en condiciones de decidir perdonar. Quien elige perdonar, elige romper las cadenas de la memoria pasada y opta por un futuro completamente nuevo. Perdonar es un ejercicio de libertad que nos permite construir una historia nueva. El perdón es un aseo cotidiano del corazón, una herramienta de altísima tecnología de comunicación y de refinamiento político. El que perdona se posiciona políticamente y puede decir que trasciende su papel de víctima, y se transforma en persona victoriosa.

Este proceso de comprender al que ofende invita a las personas ofendidas a desarrollar la compasión. Mediante un ejercicio de “contextualización”, se reconocen las circunstancias en las que se formó el individuo, las situaciones familiares, sociales, económicas, políticas y culturales que han actuado como factores determinantes del agresor o de la víctima. Quien practica la compasión, interpreta las circunstancias adversas que permitieron la ofensa y, de esta manera, devuelve la dignidad a sí mismo y al ofensor. La reconciliación, por su parte, tanto a nivel personal como a nivel colectivo y político es un ejercicio de recuperación de la confianza en el prójimo. La reconstrucción de la verdad respecto a los episodios violentos se examina bajo tres puntos de vista: la lógica de los hechos (¿qué sucedió?); la lógica del sentido (¿por qué sucedió?); y la lógica de la existencia (¿qué hacer?). Un día en el río Caguán los comandantes de las FARC le pidieron a Narváez que

le dijera a la esposa de un conocido empresario de su parroquia, quien había sido secuestrado, que ellos habían tenido que matarlo porque era un espía. “Dígale que su cuerpo está sepultado en tal punto [...] y por favor, llévele este paquete.” Ese día volvió tarde a casa, sin haber podido entregar el paquete. Al día siguiente, antes de llevarlo a la viuda, “sentí la necesidad de abrirlo. ¡Nunca antes había experimentado tanta indignación y repugnancia! En el paquete estaban el pene y los testículos del marido asesinado. No fui capaz de contarle a la viuda toda la verdad. La experiencia me ha enseñado que ‘demasiada’ verdad es peligrosa y corre el peligro de volver doblemente víctima a quien ya ha sufrido mucho.” (p. 88) Conocer la verdad no es revictimizar, sino sólo en la medida en que la verdad sea condición para seguir el proceso hacia la reconciliación, que hace posible en el resultado final, la aparición de los pactos, es decir, acuerdos que buscan reanudar la interrelación suspendida a causa del trauma. Se puede pactar la *coexistencia* de respeto recíproco, la *convivencia* e, incluso, se puede llegar a la *comunión*: víctima y ofensor logran recuperar o restaurar una relación basada en el amor, en el respeto y en la entrega recíproca. No hay duda de que este tercer nivel sea improbable, pero lo que me parece honesto de parte de Narváez es señalar que es posible. Tal vez la propuesta más contundente del libro, en este sentido, sea sostener “*Contra la irracionalidad de la violencia, la irracionalidad del perdón*”.

Hoy las ESPERE han capacitado a profesores de 450 escuelas colombianas y a 82 mil personas en Latinoamérica. Las aulas de las escuelas colombianas están llenas de posibles criminales y “narcos” en potencia, a quienes urge una educación más enfocada a la concordia y la convivencia que a la competencia y a la sobrevivencia. Desde la *Fundación para la Reconciliación*, Narváez ofrece una alternativa no violenta de resolución de conflictos. Quitarle el monopolio del perdón al confesionario para transformarlo en herramienta social, política y espiritual es uno de los caminos indispensables de la pacificación duradera. La *Fundación* tiene su sede en la ciudad de Bogotá. Desde ahí, se ha ido expandiendo y ya tiene presencia en 13 regiones de Colombia, Canadá, Estados Unidos, México, República Dominicana, Ecuador, Perú, Brasil, Venezuela, Uruguay, Argentina y Chile.

El último capítulo del libro trae una interesante reflexión teológica sobre la teología de la liberación. Y es que se antoja asociar este esfuerzo del perdón y la reconciliación con los movimientos de las comunidades de base que desarrolló la teología de la liberación. Sin embargo, la propuesta de la teología

RESEÑAS

de la liberación ha generado lenguajes y narraciones cargados de rabia que incitan a usar la fuerza de la violencia. “Denunciar, anunciar y transformar” es, para Narváez, una propuesta teológica incompleta que requiere el complemento de una teología de la Reconciliación. La “liberación” conlleva dos peligros: en el momento en el que los defensores de los derechos humanos piden castigo, en otras palabras venganza, están violando los mismos derechos que defienden. Y el segundo peligro es el reduccionismo socioeconómico de la propuesta: *usted, que es de la clase opresora, pero ya que ahora tiene conciencia de su capacidad para explotar y abusar del capitalismo...* hace un discurso que descalifica *a priori* la posibilidad de la Reconciliación. La teología de la liberación, a menudo, cultiva la rabia de ser pobre hasta el punto de sentir la necesidad de propiciar una revolución violenta contra las estructuras de poder y los explotadores. Esto, desde luego, sólo genera dificultades con los diversos poderes y con los ricos. “Toda vez que las revoluciones armadas han terminado por imponerse, sustituyen las estructuras violentas por otras más violentas aún.” (p. 118) El reto de la teología de la Reconciliación es tratar de contestar a la pregunta que nos dejara la tragedia griega clásica: ¿podemos responder a un crimen con otro crimen?

En el carisma de un misionero de la Consolata y según la inspiración de su fundador, Giuseppe Allamano, el cristiano puede y debe ser “experto en misión”. Es decir, vivir en plenitud las Bienaventuranzas. Esto significa ser puros de corazón, tener hambre y sed de la justicia del amor, consolar, ser hijos de Dios. El ser humano está ya equipado y programado para el amor, la amabilidad y la misericordia. Crear comunidades, edificar la paz, instaurar la justicia restaurativa (más allá de la justicia punitiva) y lograr aplicar en todas partes esta invitación concreta es la propuesta de este libro. Lo bueno de lo malo de nuestra situación en México es que libros como el de *La Revolución de Perdón* son iniciativas (de la miles que ya hay en nuestro país) que buscan la bondad y la concordia duraderas.

FERNANDO CALOCA AYALA
Proyecto Síntesis, S.C.